

—Vos te figurás que no me voy a quedar mirando el techo, todo porque a Macoco se le haya ocurrido irse a Norteamérica a comprar unos cuantos abeerdinangos para la estancia —le dije a Bobbie.

—Y esta casa es regia para un club.

—Con *lla-ve, che* —susurró Bobbie con voz rara porque tenía puesta la máscara antiarrugas.

—Callate, no hables que te vas a quedar toda marcada. ¿No te resulta brutal? Cuando vuelva Macoco el negocio va a estar marchando viento en popa.

—Po-pa —dijo Bobbie con la cara dura.

—En popa, en popa, tanto da. ¿Vos andás en barco? Yo tampoco. Así que ¿qué te importa? Y no me lleves la contra. Cuando me contestes mové las pestañas. ¿Qué te parece mejor? ¿Un club en el sótano o un club en el altílo? En un sótano, ya hay uno. Mejor arriba, en la azotea. Las pestañas de

Bobbie se movieron con entusiasmo. —Buena, entonces, bárbaro. Me gusta algo tétrico, con telarañas... Bobbie dejó las pestañas tiesas a mitad de camino. —Sí, cómo te voy a explicar. Encontrarse en un sótano oscuro, no tiene gracia, todos los sótanos son oscuros. Pero subir pilas de escalones y meterse en una cueva..., ¿no te parece de lo más teatro de vanguardia que hay?

—Van-guar-día a muer-te —dijo la voz saliendo del yeso.

—Fijate. Los socios entran por la reja del fondo, que hace un rui-

do especial. Eso, nomás, ya da clima. Te imaginás que luces, nada. Un jarol a vela, y gracias. Con una llave abren la reja y con la otra, la puerta de entrada, que ya mandé apolillar, y empiezan a subir la escalera de caracol medio a tientas... ¿Qué divino, no? Se tropezan, se caen unos arriba de los otros, se dicen malas palabras, todo eso ayuda. Al llegar arriba, con la tercera llave, penetran en una especie de recodo donde una mano negra les saca el sobretodo, los visonas, y entonces pasan al bar, íntegro envuelto en humo que

sale de un aparato estilo James Bond. Porque un bar con verja alrededor, ya se ha visto. Y los tipos tomando copas entre el humo, que están y no están, se ven y no se ven... Eso es original, ¿no?

—Alér-gi-co —comentó el rostro de piedra.

—Y bueno, que se lleven pastillitas. Lo principal es tener dónde ir, porque en Montevideo no hay nada, es el plomo. Te digo que llenás una función social. Voy a tener comida, super fina, ya le instalé a Sebastiana un televisor en la cocina. ¿Qué opinás de balalaikas? Las pestañas de Bobbie se inmovilizaron y luego empezaron a batirse frenéticamente. —¿No te resultan las balalaikas, che? ¿Están fuera de onda? Las pestañas se hundieron en el yeso. —Está bien, calmate. Peor sería folklore. ¿Sabés cómo lo voy a llamar? Portón de San Telmo. Por los porteños, claro.

MONICA

club con llaves